

Censurar

Daniel Cazés

Pleno de resonancias culturales, Daniel Cazés deconstruye la acción de la censura como instrumento de opresión frente a la crítica y el pensamiento abierto a todas las dimensiones de lo humano.

*Los caminos libertarios y de la tolerancia
pasan por identificar al censor, a la censora,
que todos llevamos dentro.*

Censurar es criticar, interpretar, juzgar y elaborar discursos valorativos destinados a sustentar y aplicar prohibiciones, exclusiones, supresiones.

Todos practicamos la censura en algún momento de nuestras vidas y varias veces a lo largo de cada uno de nuestros días. Al hacerlo, nos asumimos como portadores o portadoras de valores que presumimos incuestionables, de verdades que tratamos de inmutables y que proclamamos como mónadas de alguna ética que suponemos universal y ahistórica, y de ciertos fines que consideramos también ahistóricos, comunes siempre a la humanidad.

De esa manera, concebimos a nuestra censura como la única censura válida, natural e incuestionable, y la vemos como parte de la realización de un programa de acción indiscutible e indudablemente sustentado en las más puras convicciones políticas, en la única fe auténtica.

Y también así aceptamos la erección de instituciones sociales desde las que se define las acciones y pensamientos, las palabras, los hechos y las omisiones, las fantasías, los deseos y los errores que han de ser sometidos a reprobación pública.

O íntima, porque también en lo más recóndito de nuestra subjetividad o a flor de piel en nuestras relaciones cotidianas, cada quien ha estructurado su propio Tribunal de la Santa Inquisición al que somete, aunque sólo sea de manera teórica y fantasiosa, a las personas, a la interacción entre ellas, a las propias relaciones con los demás, a los acontecimientos, las lecturas, las obras de arte, y hasta los hechos cotidianos más banales.

En ambos niveles de la vida de cada persona, desfila de día y de noche, en la vigilia y en el sueño, todo lo que puede ser clasificado como lo ajeno e inaceptable, y como vicio, pecado, herejía, traición, antipatriotismo, poca hombría, deslíz, desacierto, obscenidad, indecencia, impudicia, desvergüenza, abyección, o al menos incorrección, impertinencia o inconveniencia. Y todo lo demás que las personas y las instituciones, abiertamente o en secreto, consideran censurable y condenan con el poder relativo que han adquirido en la convivencia competitiva y descarnada de cada día.

Censura, organización social de la jerarquía inequitativa, ubicación de cada quien en sus propias tradiciones culturales, aprendizaje y enseñanza (es decir, educación o endoculturación, conformación de los sujetos, de su psiquismo y de las identidades), son procesos vinculados entre sí como partes del vasto mundo de la irracionalidad, los mitos, las supersticiones, los prejuicios y las creencias que integran la censura fundante y suplantán o se superponen como fuerza dominante al conocimiento, a la reflexión, a la tolerancia a la expresión diversa con libertad pero sin opresión, y a los caminos de la equidad social.

En su conjunto, la complejidad de las problemáticas que confluyen en la censura de la cotidianidad configura el universo de la dominación y de las relaciones fundadas en la desigualdad de acceso a los recursos que dan poderes para sobrevivir y convivir; se trata de la inequidad prevaleciente, cuya deconstrucción se emprende desde las corrientes intelectuales, artísticas, políticas y filosóficas libertarias, y por cuya preservación y consolidación porfían con todos los medios a su alcance las instituciones del conservadurismo con todo el potencial de las fortalezas laicas, académicas y religiosas, jurídicas y consuetudi-

narias que controlan, incluyendo desde luego a las que establecen y regulan la historia oficial, el pensamiento oficial, la ciencia oficial y las estéticas oficiales.

La censura, al igual que las leyes, los mandamientos religiosos y los usos y costumbres de cada sociedad, se materializa en la vida cotidiana a partir de las concepciones estructuradas en lo íntimo de cada sujeto social, de las restricciones, las obligaciones y las prohibiciones, de las negaciones y las afirmaciones incuestionables, de los premios, los castigos, el ostracismo y la indiferencia, de la intimidación y de la represión, de la violencia física y psicológica, de las leyes escritas y quizá más aún de las no escritas.

En una palabra, de los ámbitos en donde se ejerce y se padece permanentemente el dominio patriarcal tanto en los espacios domésticos y privados como en los sociales y públicos, dominio de los hombres sobre las mujeres, de los adultos sobre los menores, dominio económico de propietarios sobre desposeídos y desposeídas, dominio de creyentes a manos de quienes administran la fe, dominio de quienes han definido las normas públicas de la sexualidad sobre quienes expresan preferencias diferentes, dominio de caciques sobre dependientes y clientelas, dominio de políticos sobre la ciudadanía excluida, dominio de quienes controlan las ideas y el pensamiento, la ciencia y el arte sobre los investigadores y creadores forzados a congraciarse con aquéllos o por lo menos a frecuentar los salones de la cortesanía donde sólo se alcanzan logros mediante la adulación.

En el momento en que cada persona nace, los ojos de la sociedad, a través de la mirada de quien asiste a la madre en el parto, se posa en sus genitales y con voz contundente proclama: “Es niño, es niña”. Así, cada recién nacido es adscrito de inmediato a uno de los dos géneros. Las prescripciones de su condición de vida, la estructura fundamental de su identidad, las formas limitadas en que podrá desarrollarse intelectual y afectivamente, las eventualidades de su ubicación y las potencialidades de su acción en el mundo y en los círculos vitales en que tendrá la posibilidad de moverse quedan entonces definidos y establecidos para construir sobre ellos lo que parecerá un destino previsible: la censura genérica, es decir, la estructurada sobre la

adscripción de género, es la arena en la que se sintetizan todas las censuras sociales destinadas a controlar a cada sujeto y a mantenerlo sometido a dominios de los que no podrá librarse ni para aceptarlos ni para ejercerlos: la censura endosada a la lengua y a los otros lenguajes, la de las tradiciones familiares, la de la nación, la étnica, la religiosa... Todas las censuras se sintetizan en una censura global y compleja que es ante todo auto-censura, censura que cada sujeto ejerce sobre sí mismo a partir de la interpretación personal que elabora en su aprendizaje para sobrevivir y convivir.

Cada sociedad reconoce como válidas y deseables determinadas concepciones de la realidad y estipula ciertas formas de vida, actividades, relaciones, comportamientos y actitudes. En primer lugar, de acuerdo con el sexo —el género— de la persona. Con base en los valores dominantes, cada sujeto puede reconocerse y ser reconocido como expresión suficientemente adecuada de formas aceptables y deseables de ser.

Lo que acontece en la vida de cada hombre, de cada mujer es función de la medida en que sus vidas se apegan a la censura generalizada e individualizada que define obligaciones, tabúes e interdicciones, características identitarias y responsabilidades, jerarquías, privilegios y sometimientos.

Cada quien puede evocar, sistematizar, entender e interpretar la construcción personal que ha hecho desde su nacimiento hasta hoy en su experiencia de vida de la suprema censura social, fundante e ineludible. Cada quien puede también evaluar la forma en que ha evadido la censura y ha hecho creativo su devenir en el mundo resistiendo a la censura, enfrentándola con imaginación.

Y de la misma manera cada cual tiene la posibilidad de percibir hasta qué punto y en qué ámbitos ha asumido la censura como pauta personal de vida, y la ha ejercido sobre los otros.

Quien quiera hacerlo fácilmente puede recurrir a lo que para la exploración le ofrece el psicoanálisis desde hace algo así como un siglo de descubrimientos y desarrollo.

La ciencia, es decir, el conocimiento y el pensamiento racionales, así como la literatura y las artes, son espacios humanos fundamentales en el develamiento

La censura, al igual que las leyes y los mandamientos religiosos, se materializa en la vida cotidiana a partir de las concepciones estructuradas en lo íntimo de cada sujeto social.



Interior de una prisión de la Inquisición



La hoguera

de las censuras dominantes y en la edificación de concepciones y relaciones cada vez menos censuradas.

Cada movimiento libertario, artístico, político, intelectual es un esfuerzo por hallar alternativas a las censuras del poder. Y, poco a poco, todos contribuyen a la lenta, trabajosa, a menudo incierta construcción de los caminos de la libertad.

De la historia de la censura mencionaré algunos casos paradigmáticos:

El *Levítico* es quizás el primer compendio normativo de prejuicios y censuras sexistas y xenófobas, sobre el que se estructuró el monoteísmo mosaico que más tarde recogerían sin cambio el cristianismo y el islam.

Los censores de Sócrates lo acusaron por impío, por corromper la moral de la juventud, por generar escepticismo e incredulidad al difundir la ciencia y por mostrar cómo convertir a los argumentos más poderosos en los más débiles. Lo condenaron, porque con su discurso filosófico y sus enseñanzas amenazaba la seguridad del Estado. Y Sócrates mismo aceptó ese juicio como fundamental para preservar la legislación ateniense.

A Juana de Asbaje le fueron incautados sus libros, sus instrumentos musicales, sus escritos y sus aparatos científicos, y así sobrevivió un tiempo en la desolación sin posibilidades de recuperar lo que le había servido en su creatividad ni de retomar sus espacios de resistencia a la censura.

Olimpia de Gouges fue guillotizada en 1793 por exigir que la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano enumerara también los derechos de las mujeres para que ellas fueran reconocidas también como ciudadanas.

El nazismo, el macartismo y el estalinismo han sido síntesis teórica, metodológica y técnica de toda la cen-

sura imaginable por la humanidad, y de la censura más encarnizada y brutal practicada en todos los tiempos.

La Editorial Providencia ha publicado en la Ciudad de México y distribuido en Guadalajara libros de texto para los últimos tres años de la escuela primaria y para toda la secundaria, que componen el más completo compendio de mitos y prejuicios acerca de lo divino y lo natural, el más estricto código de tabúes, prohibiciones, culpabilizaciones y amenazas, pensado como arma pedagógica para estructurar la censura oficial cotidiana y la autocensura neomedieval del neoliberalismo cristiano y globalizador.

Los seis volúmenes de *Creciendo en el amor* pretenden tener los mismos alcances que las condenas islámicas han tenido en las vidas personales del escritor Rushdie y de la escritora Nasrim, pero también los que la censura clásica tuvo en la muerte del filósofo ateniense.

Y, para referirnos sólo a México como muestra de lo que es vivencia cotidiana de todos los hombres y las mujeres del mundo, especialmente de quienes viven en la miseria material, en la miseria de las secuelas bélicas y en la miseria cultural, ninguna reflexión sobre la censura puede olvidar el destino sangriento que los censores concibieron y ejecutaron para centenas de jóvenes en 1968, y para todos aquellos y aquellas que día a día, son encarcelados y son muertos hoy por sus ideas o por sus acciones libertarias. Tampoco puede omitirse a las mujeres y los hombres que, víctimas de la censura, mueren atacados por el SIDA, o las miles de mujeres que en todo el mundo mueren de embarazos y de abortos malpracticados gracias a la censura mojigata de unos y a la hipócrita complicidad de otros.

Tampoco pueden ser olvidadas todas esas poblaciones serranas y selváticas rodeadas por el ejército en el



Tribunal de la Inquisición



El suplicio

Sur, en el Sureste y en muchas regiones más de México, ahora complementado por la defensa papal del Estado mexicano a la familia, y por la condena igualmente episcopal del presidente de México a quienes no crean en el dios católico y además por ser jóvenes y víctimas de la explotación y la desigualdad. Y no podemos olvidarnos de nosotros mismos, mujeres y hombres de las grandes ciudades vigiladas por soldados en uniforme azul.

Vale la pena recordar también que ni en la *Enciclopedia de México* ni en el *Diccionario Enciclopédico de México* se incluyeron artículos sobre la censura, pese a que ambas obras estudian a fondo a los medios, la política y el arte en nuestro país.

Obviamente, cada persona puede hacer su propio recuento sincrónico y diacrónico de censuras en actividad. Yo he hecho la mía teniendo en mente que los censores siempre escapan a las reglas de la censura que controlan, pues junto a ella han creado los mecanismos de la impunidad con que levantan las murallas de corrupción que los protegen.

Para concluir y regresando al inicio de mi exposición, recordaré que en la formación de los sujetos y las identidades sociales e individuales, la censura es un acto fundante y, hasta donde sabemos, por ahora ineludible. Pero dos millones de años de construcción de

la humanidad por sí misma han creado posibilidades que sólo hace un siglo o siglo y medio han comenzado a percibirse. Hoy es posible explorar los mecanismos de la censura fundante gracias al desarrollo del conocimiento de lo social, de lo cultural y de lo psíquico. Y por ello es también posible concebir la posibilidad de que en un futuro no muy lejano los sujetos y las identidades puedan construirse sobre bases diferentes al tabú, a las imposiciones irracionales y al control opresivo. Es decir, sobre conciencias y voluntades fundadas en el conocimiento de las necesidades y la endoculturación para la equidad y para esa libertad de cada quien que no se estructure sobre el daño ni la sumisión de nadie.

No está la humanidad aún en los umbrales de una cotidianidad libertaria, pero sin duda está más cerca de ella que hace pocos decenios: sus renovados útiles son las corrientes críticas de la filosofía, la antropología, la historia, el psicoanálisis, la ética y la política. Y algunos siglos cada vez más frecuentes atestiguan la resistencia a la censura que anuncian la concreción de ese acercamiento.

Sólo mencionaré uno de ellos:

En sus memorias, intituladas *Yo soy mi propia mujer*, Charlotte von Mahlsdorf atestigua, sin realmente proponérselo, cómo una persona aferrada a su dignidad humana y a su voluntad de vivir puede construirse una

Cada movimiento libertario, artístico, político, intelectual es un esfuerzo por hallar alternativas a las censuras del poder.

Todos practicamos la censura en algún momento de nuestras vidas, al hacerlos asumimos como portadores de valores que presumimos incuestionables.

vida gozosa enfrentando y superando con integridad los obstáculos que ha querido imponerle como infranqueables el patriarcado machista y homófobo en la Alemania nazi, luego en la comunista y hoy en la de los cabezas rapadas. Su libro no es sólo el recuento de una vida fascinante, sino una de las evidencias más escalofriantes acerca de la medida en que la censura opresiva puede someter nuestras vidas a la sumisión y la marginación, pero también de que los seres humanos podemos resistir a esa censura y construir alternativas dignas aún sin que ella cese de imperar.

La racionalidad crítica, la expresión libre pero no opresiva de las emotividades y de la imaginación creativa, un plan de vida como el que siguió con entereza y dignidad Lothar Berfelde transformado en Charlotte von Mahlsdorf pueden permitir la construcción de alternativas viables a la censura fundante que estructura el psiquismo, la entidad y las interacciones de cada quien en su propia sociedad.

De manera paralela, la crítica rigurosa a las intolerancias, al racismo, a la xenofobia, al sexismo y a la co-

rrupción es el medio en que se cultiva el antídoto contra la censura, que sintetiza y expresa todas las concepciones que fundamentan las prácticas sociales supresoras y excluyentes.

A nada nuevo conduciría en la cotidianidad de las relaciones oponer una nueva censura a la censura dominante.

Sólo una actitud exploratoria generalizada, basada en información adecuada suficiente y en la reflexión abierta permite conocer, comprender e interpretar críticamente la realidad de cada día y la globalidad en que se enmarca.

Sólo cuando el esfuerzo humano se destina a deconstruir las estructuras opresivas, inequitativas e injustas que nos encierran y nos limitan podemos imaginar alternativas y experimentarlas en la práctica.

Únicamente la crítica así entendida puede detener y sustituir la censura institucional, destructiva, opresora y conservadora, que es nuestra prisión de cada día, el freno que nos impide vivir una vida de placeres, satisfacciones y gozos compartidos, no arrancados a la mansedumbre de nadie. **U**



La tortura